

REX DEUS
LA PROFECÍA DE LA ALIANZA

PARTE I

1

Gabriel volvió a asomarse. Desde la ventana de su habitación, ubicada en la planta superior del Templo, sus ojos negros podían sobrevolar buena parte de Jerusalén. Cualquier edificio de la ciudad era insignificante comparado con el Templo, tan blanco, que de día alumbraba la ciudad como si fuera un segundo sol.

Miró la explanada, desierta a estas horas. Como sacerdote, lo primero que pensó fue en los miles de judíos que la transitaban para orarle a Yahvé y admirar la gigantesca construcción donde Él moraba.

Levantó la vista. Más allá del Templo se alzaba la Fortaleza Antonia, donde se acuartelaban los invasores romanos. No la contempló con disgusto. No esta vez, porque sobre la insolente construcción brillaba la estrella, tras siglos de ausencia. El astro que alumbró el nacimiento del rey David, el monarca más grande de los judíos, había regresado y brillaba con la misma majestad de ese Mesías que había liberado a Israel y lo había convertido en un reino magnífico. La señal era inequívoca, tanto como la Profecía de la Alianza que la había anunciado.

Miró el Lugar Santo, que se erigía en la mitad de la explanada, imponente, como debía ser la casa de Yahvé. Hacia allí debía ir.

Se puso la capa negra y salió de la habitación. Escabulléndose en la oscuridad, sorteó pasillos, patios y recintos del Templo hasta llegar a la explanada que había mirado desde arriba. Oculto detrás de una columna, esperó que

los últimos sacerdotes guardaran las bolsas con monedas en el cuarto del tesoro, a unos pocos pasos del Lugar Santo. Allí estaba la vergonzante recaudación del Templo en nombre de Yahvé.

Cuando los religiosos se marcharon, Gabriel salió del escondite y, momentos después, bajaba a la caverna subterránea donde se guardaba el verdadero tesoro. Uno inmaculado y antiguo: el milenario cofre de oro y madera de acacia.

Mientras recobraba el aliento, contempló los dos querubines de oro macizo que, posados sobre su tapa, custodiaban el arca. Se acercó a la reliquia y se quitó el collar que ocultaba bajo sus ropas.

De este pendía una estrella de seis puntas.



Contempló unos momentos el símbolo, hecho también de oro. Respiró profundo y lo insertó en la ranura que había en el milenario cofre. Tras una serie de solemnes movimientos, Gabriel escuchó el chasquido y retiró la tapa. Un papiro escrito en tiempos inmemoriales y doce tablillas quedaron ante sus ojos. Pensó en sacarlas y volver a extenderlas en el suelo. Quizás esta vez lograría encontrar una manera distinta de agruparlas y así cambiar el futuro que le vaticinaban. Llevaba cientos de noches en vela haciéndolo y, como fuera que las ubicara, su porvenir era siempre el mismo.

«No», se dijo a sí mismo. No tenía sentido desperdiciar su última noche en esa desesperante tarea. Las dejaría dentro del cofre.

Cuando estuvo por cerrarlo, resolvió que al menos leería el manuscrito. Lo sacó del cofre y comenzó a leerlo:

El ocaso de mi vida ha llegado. Pero antes de ir a encontrarme con mi dios, quiero dejarle a mi sucesor estas palabras. Quizás así logre evitar el final que la Profecía le ha vaticinado...

2

Gabriel continuó leyendo:

Era demasiado dolor para una sola vida y aquella última noticia fue la estocada final. Mi esposa predilecta, la que más amé, estaba muerta. Desde ese momento ya no tuve nada que perder, salvo mi vida.

Por más que intentaron convencerme, sabía muy bien que no había sido la peste. Los sacerdotes del dios Amón-Ra habían entrado a su palacio y la habían torturado hasta arrancarle una confesión. Seguramente ya sabían que yo no estaba muerto y tarde o temprano me encontrarían. Mi única escapatoria estaba en ese símbolo que cada noche, desde la funesta noticia, me asaltaba en sueños. Al principio creí que era un *ankh*, señal de la vida eterna.



¡Y cuánto hubiera dado porque fuera así! Pero no. Este signo era mucho más sencillo. Tan solo dos líneas que se cruzan. Pero tenían tanto poder, que me expulsaban del sueño y me arrojaban en mi lecho, agitado y con el cuerpo bañado en sudor. Después quedaba insomne, contemplando el cielo en busca de esa respuesta que me diera sosiego.

Finalmente, en una de mis tantas noches en vela, apareció una estrella que no reconocía. Entonces recordé lo que ellos me habían dicho: era la señal.

Hurgué entre mis viejas pertenencias, frenético, hasta que encontré el símbolo de oro que me dieran años atrás. Una estrella de seis puntas.

En ese mismo instante, todo cobró sentido para mí. El *ankh*, la estrella, la cruz...

No lo dudé. Debía volver allí, donde todo había comenzado. Reuní a mis discípulos y les dije que mantuvieran su fe en mí. Había llegado el momento de cumplir con mi promesa, esa promesa de libertad que les hice cuando era poderoso. Para ello debía marcharme, pero pronto volvería.

Dejé las tierras donde los esclavos hebreos me protegían tras mi ocaso y navegué por el Nilo. Después, tras varias jornadas de a pie, llegué a la ciudad de Gizeh.

Cubierto con una túnica vieja y polvorienta, caminé todo lo rápido que mis viejas piernas me permitieron. Debía llegar a la Gran Pirámide, la de Keops, antes del amanecer. Pero la imponente Esfinge de piedra me salió al cruce. El Señor del Miedo, como se la conoce desde tiempos inmemoriales, quiso interponerse en mi camino. Me detuve frente a ella y la desafié, con la mirada, la voluntad y lo que quedaba de mi corazón. «Miedo —le dije—. Ese es el significado que te otorgan los malditos sacerdotes de Amón-Ra». La Esfinge me devolvió una mirada de complicidad. Siempre pensarán que eres un

enorme vengador que algún día cobrará vida y engullirá a quien halle en su camino. Si supieran que tus entrañas están repletas de piedras y arena...

Seguí caminando y solo me detuve frente a la pirámide. Mientras la observaba, repasé por última vez el sueño tantas veces repetido. El significado estaba muy claro para mí: ese reino perfecto de oro, jaspe y fruta; rebosante de vida y gloria infinitas, no era otra cosa que el más allá. La cruz representaba el cruce de caminos entre los dos mundos: el terrenal y el divino. La estrella había sido la señal que me había conducido hasta aquí. Y la pirámide me conduciría a...

Una súbita felicidad me invadió. «¡La eternidad me espera!», pensé.

Traté de ver la punta de la Gran Pirámide, pero no podía. Estaba tan arriba, lejana.

Me cercioré de que nadie me viera y comencé a escalarla, pero no necesité subir mucho para sentir que los años también habían pasado por mi cuerpo. Ya no era aquel joven y desafiante faraón que un día conociera a cuatro sabios que venían de muy lejos...

Gabriel interrumpió la lectura y miró la lámpara de aceite cuya luz, valiente e ínfima, mantenía a raya la penumbra. «Los sabios», pensó. Cuánta falta hacían ahora. Y sabiendo lo inexorable de su porvenir, siguió con el relato del faraón Akenatón:

Habían venido a revelarme conocimientos ocultos por miles de años. La primera gran revelación es que solo había un único y omnipotente dios, cuyo verdadero nombre es impronunciable. Pero para que los mortales pudiésemos alabarlo, decidí llamarlo Atón y a él me consagré. Desde ese día, Egipto me conocería por Akenatón, el faraón de un solo dios.

Como los sacerdotes de las otras deidades se negaron a creer en Atón, cerré sus templos y los despojé de las riquezas que habían amasado gracias a sus falsos dioses y la esperanza vana de las gentes crédulas.

«Que vuestros dioses se muestren y yo les devolveré los templos», los desafié. Los días comenzaron a pasar y de Isis, Horus, Osiris y el resto de las divinidades solo quedaron edificios llenos de polvo y desazones.

Un nuevo orden nacía en Egipto y yo lo regía como Faraón y Sumo Sacerdote.

Pero los sacerdotes más pestilentes, los del falso dios Amón-Ra, nunca se quedaron de brazos cruzados. Con la noche y la mala fe como aliadas, atentaron contra mi vida en más de una ocasión, pero mi Atón me protegía y, cuando todo parecía perdido, me iluminó con su sabiduría.

Con las riquezas que había expropiado a los sacerdotes, construí una nueva capital, para reinar lejos de Tebas y su corrupción. Que ellos, sus dioses y los crédulos se quedaran allí, como gusanos en una ciénaga, devorándose los unos a los otros.

La segunda gran revelación de aquellos cuatro sabios, fue que Atón, mi dios, hizo iguales al hombre y a la mujer.

Bajo ese precepto, y sin importarme lo que decían a mis espaldas, hice que mi esposa reinara conmigo. Entonces Egipto volvió a la senda de la prosperidad y el vinagre de la mirada réproba se hizo miel. Me amaron. Nos amaron.

Hasta que los sacerdotes de Amon—Ra, que con la certeza del áspid y la paciencia de la araña fueron tejiendo la tela de mi ocaso, mandaron a matar a mis sabios. Solo uno logró escapar y se llevó la tablilla más importante, la de Luz y Sombra. Luego quemaron todos los papiros de mi biblioteca y siglos de conocimiento se esfumaron para siempre. Pero nunca pudieron encontrar el Arca. Si lo hubieran hecho...

Gabriel se imaginó al mundo reducido a un páramo oscuro y desolado. Le echó una mirada al cofre y le pareció que los querubines cobraban vida. El vello de los brazos se le erizó, pero aun así decidió continuar con la lectura:

Con el miedo sembrado por ellos, brotaron el caos y las espadas levantadas en nombre de ambos dioses en lucha desigual. Mi Atón retrocedía ante los embates de Amón-Ra, que dejaba una estela de dolor y miseria a su paso.

«La paciencia de Amón-Ra se acaba y pronto despertará a la Esfinge... ¡Aquel que no crea en nuestro dios, conocerá su venganza!», amenazaban los malditos sacerdotes. Y los rumores que siembra el miedo son los que prosperan más rápido. Pronto había gente que aseguraba haberla visto cobrar vida por las noches. «¡Con un solo zarpazo!». «¡Donde había un hombre, quedó un charco de sangre!». «¡Lo engulló de un bocado!». «¡No le dio tiempo ni a gritar!». El miedo y las mentiras redoblaban apuestas en mi atribulado pueblo.

Conforme iba sumando derrotas, mis enemigos se multiplicaban. Más temprano que tarde acabarían con mi vida, pero mi amada Nefertiti tuvo una gran idea. Todavía recuerdo que, luego de contarme su plan, lloró tanto que, si hubiera un pozo para contener toda la tristeza del mundo, ella lo habría hecho rebalsar.

Primero hizo correr el rumor de que yo agonizaba, enfermo de un mal incurable. Tras asegurarse de que la noticia se había esparcido lo suficiente, se presentó ante ellos y les dijo que Amón-Ra me estaba haciendo pagar por mi herejía. Entonces, para evitar que la ira del dios también se descargara sobre ella y nuestro pequeño hijo, se arrepintió frente a los sacerdotes. Después de unos días, los más largos de su vida, anunció mi muerte. Como ellos nunca estuvieron convencidos del todo y vigilaban cada

uno de sus movimientos, les mostró una momia que ella misma adornó con mis joyas de faraón.

¿De qué nos sirvió? A nuestro hijo, Tut-Ankh-Amón, lo mataron apenas empezaba a reinar y a ella la recluyeron en un palacio.

Yo sé que ella nunca perdió la fe en Atón, en cambio yo me quedé con el corazón agriado. Había tenido que pagar demasiadas consecuencias por un dios a quien tanto le di a cambio de nada. Un dios falso, tanto como los otros. Si Él existiera, mi magnífica capital no estaría en ruinas, Nefertiti y mi hijo estarían vivos... y yo no sería el fugitivo en el que me había convertido.

«Hasta hoy», me dije, para alejar esos pensamientos. No dejaría que el desánimo de mis últimos años me ganara también este día, quizás el último de mi existencia.

Seguí trepando la Gran Pirámide. Su cima me esperaba y no había vuelta atrás.

En un momento, mi raída túnica me entorpeció y casi caigo al vacío. Recordé la maldición que decía que quien intentara escalar esta pirámide moriría. Tuve el impulso de quitarme la prenda y arrojarla con furia, pero me contuve: la maldición era tan verdadera como Atón, Amón-Ra y cualquier otro dios.

Yo seguía vivo. «Y los dioses no existen. Cada hombre es el dios de sí mismo», concluí, sintiéndome libre como nunca. Pero enseguida, una espantosa sensación de vacío me trituró el alma.

Mis manos, que comenzaban a acalambrarse, me obligaron a hacer una pequeña pausa. Mientras descansaba, sacudiéndolas y abriéndolas y cerrándolas, pensé que tenía que estar equivocado.

Entonces sentí que mi amada me acompañaba, dándome fuerzas que nunca hubiera creído tener.

Respiré hondo y continué ganando altura, frenéticamente, clavando mis ya maltrechos dedos en las hendiduras que encontraba entre las piedras. Cada

resbalón dejaba un araño púrpura en la superficie, aún caliente, pero el dolor ya me era ajeno.

Cuando llegué a la cima estaba extenuado. Tenía la vista nublada y el corazón como un tambor a punto de despedazarse. Con mis brazos temblorosos, me aferré a la cúspide y así me quedé hasta que recuperé el aliento. Luego me paré sobre aquella minúscula plataforma. Recuerdo que apenas podía separar mis pies.

Una violenta ráfaga de aire intentó arrojarme al vacío, pero solo pudo arrebatarme la túnica y dejó mis viejos atuendos de faraón al descubierto. «Si voy a morir, que sea como tal», pensé.

Desde donde estaba, la vista era bellísima. Incluso la esfinge parecía brillar con luz propia. Quizás celebraba que yo iba a morir.

Poco a poco fui tomando coraje y, cuando por fin estuve seguro, cerré mis ojos. En ese momento, sentí un impulso. Abrí mis brazos, bien extendidos y en línea con los hombros. Ahora yo era una cruz. ¡Una cruz viviente!

Una sensación que creía olvidada volvió a mí, pero esta vez era más intensa. Aquella delicia, que se apoderaba de mi cuerpo cuando entraba en mi amada, ahora se había multiplicado y mi goce no conocía otro límite que el de la eternidad. Comenzaba derramándose sobre mi cabeza y, desde allí, hacia cada rincón de mi ser. Tenía la potencia de una catarata y a la vez era tan inconsistente como el aire. ¿Fríó, caliente, seco, húmedo? No lograba distinguirlo. Quizás era todo eso a la vez.

Repentinamente, mis ojos se abrieron de manera involuntaria. Imágenes de mi vida comenzaron a sucederse vertiginosamente. Primero mi infancia. Luego mi juventud y así, hasta llegar al mismo instante que estaba viviendo. Mi mente quedó en blanco, mi cuerpo se tensó y comencé a temblar. El futuro corría frente a mí con la velocidad de los dioses. Me vi en perspectiva, minúsculo y solo, pero a la vez pleno como nunca antes.

Tras un primer parpadeo sentí el impulso de arrojarme al vacío. Al siguiente, incontrollables deseos de volar. Luego, de reír, de llorar... cada abrir y cerrar de ojos me arrastraba de la emoción más desesperante a la más sublime, a un ritmo que apenas podía soportar.

Las imágenes de mi porvenir cesaron y sentí que después de tantos años, Atón me había hablado.

Me llevé una mano al pecho y la puse sobre la estrella de oro que aún estaba ahí. La aferré con fuerza y le grité «¡Ilumíname!», a ese dios en el que había dejado de creer. Miré al cielo y allí estaba Él, regalándome un nuevo horizonte con sus rayos solares.

Recordé la Profecía y miré hacia abajo. Tallada en las mismas piedras donde yo estaba pie, se encontraba la cruz que había visto en sueños. Tal como me lo supieron vaticinar las tablillas, era la señal que desde tiempos remotos había aguardado por mí.

La agitación me volvió a la mente, pero ahora con una lucidez que nunca había experimentado. El *ankh*, la estrella, la cruz... ¡Todo cobraba sentido! Y lo celebré con una carcajada que agitó mi pecho. Nunca me había sentido tan poderoso.

Miré a la distancia y no lo dudé ni un instante. «Como es arriba será abajo», pensé. Y me dejé caer.

Mi cuerpo iba golpeándose contra la pirámide, pero no me importaba. Lo había visto todo. Pasado, presente y futuro eran un solo cordel de la madeja que acababa de desenredar.

...Y antes de estrellarme contra el suelo, Atón me ordenó que gritara el nombre de mi sucesor.

La última imagen que tuve fue la de mis discípulos. ¡Ellos habían venido por mí!

«Como es arriba será abajo», me dijo mi dios, con su voz de trueno. Y ambos sellamos la Alianza..."

Gabriel interrumpió la lectura. El Maestro esenio llegaría en cualquier momento.

Mientras guardaba el antiguo manuscrito dentro del Arca, pensó que ahora era él quien, en cierta forma, debía arrojarse al vacío.

«Para salvar a todo un pueblo, aquel había tenido que cometer la osadía más grande», pensó mientras volvía a poner la tapa sobre el milenario cofre de oro y madera de acacia. Volvió a insertar la estrella en la ranura y, al escuchar el suave crujido, suspiró aliviado.

«Pero esta vez, para salvar a Israel, quizás necesitemos una hazaña aún mayor», les susurró a esos dos querubines que quedarían ocultos por muchos años en las sombras. Y un escalofrío lo recorrió desde la cabeza a los pies...

3

Gabriel esperaba en la penumbra que, gracias a una antorcha, no era oscuridad. Cada tanto, una gota se filtraba desde la superficie y caía sobre un charco, indicándole al sacerdote que el tiempo seguía pasando.

Finalmente, al otro extremo del túnel, divisó al Maestro, el líder de los esenios. Su caminar sigiloso y la túnica de inmaculado blanco le conferían un aspecto angélico.

—¿Está todo listo? —le preguntó el esenio una vez que estuvo frente a él.

—Sí.

—Bien.

—Aunque debo decir que no me será sencillo.

El Maestro asintió. Lo que estaban por hacer no era nada fácil. Rayaba en la locura.

Gabriel no dejaba de pensar en la inesperada complicación. «Si él lo supiera...» Sin embargo prefirió callar. No era su futuro sino el de todos los judíos el que estaba en juego. Debían acabar con la opresión de Roma y solo quedaba una alternativa: un Mesías. Israel necesitaba de un rey magnífico que liberara a su pueblo del yugo invasor. Un nuevo David que fuera concebido como aquel, mediante el rito del Matrimonio Sagrado y bajo la misma estrella que vio nacer a aquel monarca.

Como sacerdote que era, Gabriel sabía muy bien lo herético de ese ritual... y más si se celebrara en el Templo. Era preferible meter la cabeza en las fauces del león.

Pero Israel agonizaba. Y si nadie se arriesgaba a desobedecer los preceptos, el futuro de los judíos...

—La estrella ha aparecido en el cielo —dijo el esenio.

—La he visto.

—Es la señal, como fue escrito. Estará nueve lunas y al final de la novena brillará como nunca. Luego desaparecerá... y con ella, la oportunidad de nuestro pueblo.

—¿Y si la Profecía de la Alianza estuviera equivocada? La tablilla faltante...

—¿Acaso tú mismo no te aseguraste de que al final eso era una leyenda? ¿No fuiste tú quien dijo que las tablillas son doce, tantas como tribus hay en Israel? —El sacerdote bajó la cabeza y el esenio añadió—: Confía, Gabriel. Esa es la estrella que mil años atrás alumbró el nacimiento de nuestro glorioso rey David. Ha vuelto a aparecer en el cielo. Es el momento de entregarnos a la voluntad de Yahvé y pedirle que nos envíe a su Mesías. ¡Debes celebrar el Matrimonio Sagrado!

—Lo haré, aunque sepa que...

—No es bueno lo que te sucederá —le interrumpió el esenio—. En tu lugar sentiría lo mismo. Pero solo tú, que llevas

la sangre de David en las venas, serás capaz de ejecutar el mandato de la Profecía.

—No me preocupa morir. De lo contrario, no me habría enfrentado a los saduceos. Si Anás no me ha matado, es porque sabe que Judas de Gamala es mi aliado y no querría a un zelote abriéndole el cuello. Ahora, si descubre esta herejía, tendría un regalo del cielo.

—Lo sé. Convocaría al Sanedrín y ordenarían tu lapidación. Pero entonces ¿a qué le tienes miedo?

—A lo que pueda sucederle a ella. No quisiera que pague las consecuencias.

—Tú, ella y tu futuro hijo estarán bajo nuestro cuidado, aunqueuviésemos que aliarnos con los zelotes para lograrlo.

—Ser tan radical te ciega.

—Puede que a veces la fe ciegue, es cierto. Por eso es fe. Pero nunca cubre los rostros. Eso es para los avergonzados y los bandidos. Ellos entran en este últi...

—Al igual que nosotros, ellos también buscan la libertad de Israel —intervino Gabriel.

—Pero ¿cómo confiar en alguien a quien nunca le has visto el rostro? Ni siquiera sabemos si Judas de Gamala es su verdadero nombre.

—¿Cuántos saben que tú y yo estamos aquí reunidos, en esta parte del Templo que solo nosotros conocemos? —La pregunta solo tuvo un bufido del esenio como respuesta—. ¿Será que por buscar el bien de todos a veces debemos ocultar ciertas cosas? Podríamos discutir el resto de la noche, pero hoy se trata de Israel. Si este es mi cáliz, de él beberé. Solo les pido que cuiden de ellos. Si algo me pasara, hablen con mi hermano José. Ha enviudado hace poco y no es bien visto que un hombre rico esté sin mujer. Él sabrá cuidarla.

–Nada les ocurrirá ni a ti ni a los tuyos. Tienes nuestro juramento.

–Gracias.

–Gracias a ti, Gabriel, Israel volverá a ser como antes. Ve y cumple con el ritual. Tu linaje te llama. ¡Yahvé esté contigo!

El sacerdote asintió con un silencio tan opaco como lo que avizoraba...

4

Mientras el Maestro esenio se perdía en las sombras, la sensación de desamparo invadía a Gabriel. Si algo fallaba, ni esenios ni zelotes podrían evitar el zarpazo definitivo de Anás, el Sumo Sacerdote.

Antiguamente le correspondía ejercer el cargo de Sumo Sacerdote a los descendientes del rey David, el gran héroe de Israel. Pero cuando los judíos regresaron del exilio impuesto por Babilonia, se rompió la tradición, y los saduceos, que representaban a la aristocracia de Israel, se apropiaron de ese derecho.

En algún momento Gabriel quiso restaurar la tradición y hacer valer su linaje davídico para recuperar el cargo, pero lo único que logró fue ganarse la enemidad de Anás. Si este aún no lo había hecho ejecutar era porque sabía de sus lazos con los zelotes.

Pensando en David, en Israel y en la sangre, Gabriel se encaminó a la escuela del Templo. Allí, en uno de los dormitorios destinados a los alumnos, descansaba su prometida.

Tras atravesar el patio más amplio del Templo, Gabriel se detuvo a mirar la estrella. Le pidió que le diera el coraje

suficiente para no torcer los últimos pasos que le faltaban de dar. Luego de unos instantes, sin sentirse verdaderamente reconfortado, siguió caminando. Por estas horas todos dormían, excepto él.

...Y Caifás, un aspirante a sacerdote. El rollizo joven venía del dormitorio. Acababa de cobrarle su silencio a una alumna que hoy había cometido una falta. No había nada más sublime que una niña temblando de miedo, pensaba con expresión de saciedad, mientras recordaba con deleite el coito forzado.

Al ver que Gabriel se acercaba, Caifás se ocultó tras una enorme columna. Si el sacerdote lo descubría, estaría en problemas. «Conque no soy el único que anda por aquí a estas horas», pensó al verlo pasar cerca de él y detenerse frente al dormitorio de las mujeres. Mientras se rascaba la rala barba, que la edad aún no le permitía tupirse, observaba cómo Gabriel golpeaba la puerta tenuemente y enseguida salía una de las *qdeshas*, mujeres consagradas al Templo que se encargaban de los quehaceres domésticos.

El sacerdote y la mujer, ya entrada en años, se apartaron unos pasos de la entrada y comenzaron a conversar. Miraban a su alrededor, cerciorándose de que no hubiera testigos. Estaban tensos. Parecían hablar de algo delicado, pero Caifás, por más que aguzaba el oído, solo captaba un ininteligible murmullo.

La *qdesha* entró y, al cabo de unos momentos, regresó con la prometida del sacerdote. La reconoció por la delicada nariz y el cabello castaño, algo poco frecuente de ver.

Gabriel la tomó gentilmente del brazo y se marcharon.

Caifás decidió seguirlos. Cuanto más tuviera para contarle a Anás, mejor para sus aspiraciones.

Cuando el sacerdote y la alumna habían recorrido un buen trecho, ella se detuvo, temerosa. Acababa de reconocer hacia dónde iban...

5

María estaba paralizada por el temor. Las mujeres tenían prohibido el acceso al Lugar Santo. La restricción se perdía en la oscuridad de los tiempos, y teñidas de esa misma oscuridad, serían las consecuencias para la osadía.

—No tienes nada que temer —dijo Gabriel y le tomó la mano—. Confía en mí, pronto seré tu esposo...

No pudo articular ni una palabra más. Incluso se arrepintió de haber dicho eso último.

Su prometida no le respondió. Seguía demasiado asustada como para hablar de algo.

Una súbita tristeza le anudó la garganta a Gabriel. Toda su vida se había parapetado tras murallas de conocimiento, pero el amor había golpeado a sus puertas. Y en el peor momento. Un amor forzoso, con poco de latido y mucho de mandato: si había aceptado casarse, era porque así estaba escrito desde tiempos inmemoriales.

Pero todo cambió el día en que las *qdeshas* le señalaron a quien habían escogido para que fuera su prometida. Entonces sintió que la pantomima del casamiento sería mucho más difícil de lo que había pensado. Ya no se trataba de desposar a la mujer que sería la madre de su hijo y así cumplir con la Profecía de la Alianza. Desde el mismo momento en que la vio, su corazón dio un vuelco. La juventud que no había tenido tiempo de vivir, parecía ofrecerle una nueva oportunidad. Sus días se tornaron más frescos, brillantes y perfumados. Si no fuera por el entorno, podría darse el lujo de recuperar la inocencia que debió perder de niño, la noche en que su padre le mostró por primera vez aquel milenar baúl y su contenido.

Una punzada en el alma lo volvió a la realidad.

Si las tablillas del Arca estaban en lo cierto, hoy sería la última vez que la vería. Solo él sabía de sus noches en vela, buscando la alternativa salvadora. Pero la Profecía de la Alianza era tan antigua como inevitable.

Repentinamente, el miedo de ella y el dolor de él los encontraron abrazados. Al percatarse, se miraron a los ojos y sonrieron ruborizados. Un hilo de cosquillas destejía el peligro de este juego, que quemaba como la llama de una vela. Una que iluminaba las cavernosidades más oscuras de sus cuerpos.

Ella sintió que algo crecía desde que le había dado la mano, apenas unos pasos atrás. No era la misma sensación que cuando su padre le daba la mano. La mano de Gabriel era igual de firme y segura, pero la hacía transpirar. Pensó que quizás fuera el miedo, pero no. Ya no sentía miedo, sino más bien algo que hipnotizaba de igual modo sus entrañas. Era la primera vez que estaba a solas con quien, dentro de dos días, compartiría el lecho y el resto de la vida. El calor en sus pechos y una humedad que era más que sudor le exigían dejarse llevar por sus impulsos. Y estaba dispuesta a hacerlo. A llegar al borde del abismo y dejarse caer. Incluso dejar que Gabriel la empujara, igualmente caería en sus brazos.

Volvió a mirarlo furtivamente. Conocía cada rincón del rostro del sacerdote, sus ojos negros, su barba tupida, su mandíbula robusta y había visto cómo el tiempo se le había asentado sin que las canas que se abrían paso mermaran la belleza que desde niña la cautivaba. A pesar de ser mujer, Yahvé había escuchado sus ruegos.

Con una seguridad que nunca antes había experimentado, sondeó su interior, sin dejar de asombrarse ante la forma en que su vida había cambiado desde que Gabriel anunció que la desposaría. El parco sacerdote, que prefería apuntar la cara a los

manuscritos y no a los asuntos del Templo, había puesto su mirada en ella. Y la noticia había tomado a todos desprevenidos, no solo a ella, que desde ese día dejó de ser una alumna más. En el Templo volvieron a llamarla por su nombre: María, y a tratarla con la deferencia que se merecía la prometida del estudioso Gabriel, el sacerdote más importante después de Anás, el Sumo Sacerdote.

Llegaron al Lugar Santo. El edificio que estaba en el centro del Templo. Sin detenerse, entraron y se encaminaron al Velo Sagrado, con el eco de sus pasos que poblaba la espaciosa sala.

Al cruzar la inmensa cortina, varias veces más alta que ellos, el ambiente cambió. Una atmósfera, tan pesada como la oscura tela del Velo, reinaba en esa pequeña sala que se ocultaba detrás.

El Lugar Santísimo, como se conocía, era el sitio más sacro y prohibido del Templo. Solo el Sumo Sacerdote podía cruzarlo una vez al año, durante la Fiesta del Perdón.

Caifás, que aún los seguía, quedó desconcertado. Según las Escrituras, la ira de Yahvé se descargaba sobre quien profanase aquel lugar.

«¡Si ellos pudieron cruzarlo, yo también lo haré!», pensó. Pero se detuvo. ¿Y si la muerte no fuese instantánea? Se sentó en un rincón muy oscuro, desde donde podía observar sin ser descubierto.

«¡Mátalos pronto! —le pidió a Yahvé con el pensamiento—. ¡Haz que estos herejes sientan tu castigo!» Y se imaginó la cara de sorpresa con la que el Sumo Sacerdote escucharía por la mañana todo lo que tendría para contarle...